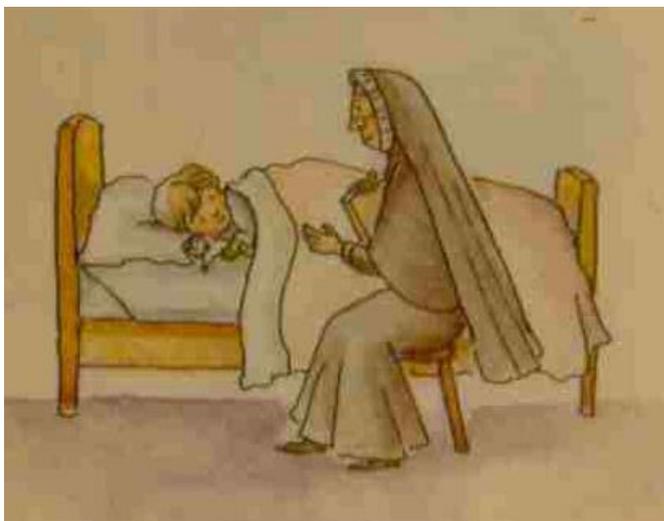


## LA SALUD DE SOFÍA

Llama la atención la frecuencia y naturalidad con que hablaba de sus enfermedades en sus cartas, describiéndolas con mucha franqueza, hablando de los médicos que la habían atendido y de los tratamientos que habían puesto.

Daba mucha importancia a la salud, quería que las religiosas le hablaran del tema en sus visitas y, en las cuentas de farmacia, cocina y enfermería, había que dejar constancia de los gastos relacionados con ella. Asistió a varias operaciones de miembros de su comunidad, tanto en casa como en el hospital, se interesaba por la convalecencia de las enfermas y deseaba que se consignara en los obituarios de qué había muerto cada persona. Recomendaba descanso y cuidados a las que tenían mala salud, cambios de casa o de actividad si alguna tenía que ser hospitalizada durante un tiempo y buscaba el lugar más apropiado para ello.



Cada fallo de salud era comentado y preguntaba qué medidas de prevención habían tomado; recomendaba siempre comer bien y tener una dieta equilibrada y en sus visitas prestaba mucha atención a las granjas, viñas y huertas y apremiaba a hacer conservas que permitieran tener una dieta variada en invierno. Para ello transformó los jardines del colegio de Paris en huerta y en Amiens compró vacas para poder tener leche. Recomendaba que las que trabajaban mucho, tomaran leche al menos tres veces por semana y debían asegurarse de que no estuviera desnatada.

Este interés por el cuidado de la salud y su sencillez para hablar de algo que en su tiempo estaba rodeado de tabúes, es algo sobre lo que merece la pena reflexionar como Familia del Sagrado Corazón<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> PHIL KILROY, *The Society of the Sacred Heart in Nineteenth-Century France, 1800-1865*, Cork University Press: Cork, 2012

Ya sabemos que el interés de Luis Barat porque su hermana rindiera al máximo influyó en su desarrollo: dormía poco, estudiaba, cosía, bordaba y se sometía a las penitencias corporales llevando sus fuerzas hasta el límite. El precio que pagó, tanto físico como espiritual, fue muy alto y su salud se deterioró de manera irreversible, empezando por su sistema digestivo.

### **“La enfermedad es mi compañera de vida”**

Lo decía en una de sus cartas<sup>2</sup> y efectivamente lo fue y padeció innumerables dolencias. Ya en Amiens en 1801 empezó a tener problemas ginecológicos que hacían sospechar un cáncer; el tiempo demostró que se trataba de algún tipo de inflamación de la que se curó unos años después al recibir tratamiento. En sus cartas hablaba de su salud con frecuencia:

“Mis noticias no son buenas...”, “mi trabajo crece y mis energías disminuyen, “me muevo como una sombra”, “me siento gastada”, “me estoy haciendo vieja”, “la más leve fatiga me acarrea dolencias sin fin...”<sup>3</sup>

“El reuma me afecta hasta las entrañas y casi todas las partes de mi cuerpo. Estoy estremecida. Afortunadamente, sigo en pie, pero sufro mucho cuando me pongo manos a la obra. Simplemente no me responde la vista”<sup>4</sup>.

“Mi salud está lejos de ser buena. He perdido la capacidad de dormir y de comer, no puedo retener el poco alimento que tomo, tengo que descansar después de cada comida. Ayer vino el médico y se quedó impresionado al verme tan débil”<sup>5</sup>.

“Es inútil que te preocupes por mi salud, son los achaques que conoces y que duran más o menos tiempo. Nuestro médico afirma que los nervios del estómago se contraen y se desgastarán con el tiempo; de este diagnóstico se desprende que no hay remedio y que esta enfermedad, a menudo aguda, debe ser padecida durante el tiempo que le plazca a Nuestro Señor. Como no es fatal, te equivocas al preocuparte”<sup>6</sup>.

Uno de sus médicos diagnosticaba: “Padece una sinusitis complicada con una gastritis y una infección reumática que puede considerarse gastroenteritis

---

<sup>2</sup> A Thérèse Maillucheu, 7-VII-1816

<sup>3</sup> PHIL KILROY, *Medical Biography in the Society of the Sacred Heart*, en *The Society of the Sacred Heart...o.c.* 167 ss

<sup>4</sup> Id., 15-IV- 1822

<sup>5</sup> A Henriette Grosier 8-V-1840

<sup>6</sup> A Thérèse Maillucheu, 29-XII-1818

que afecta sus músculos en un grado tan severo que le produce mucha fiebre”.

7

A pesar de ello, era de naturaleza optimista:

“Poseo un fondo de salud que lo resiste todo y me hace temer que llegaré a vivir hasta los 80 años, a pesar de que hace tanto tiempo que sufro y ya estoy acostumbrada”<sup>8</sup>.

De hecho en 1814 durante una grave infección de pecho pidió que se le administrara la extremaunción y todos pensaban que iba a morir.

Tuvo varias caídas desafortunadas:

“Durante el viaje he tenido un pequeño accidente. Por la noche me levanté, tropecé con una piedra y me torcí el tobillo. Se me hinchó el pie, y cuando llegamos a Poitiers no podía andar”<sup>9</sup>.

Las caídas se repitieron muchas veces:

“Me estaba levantando del sofá en el que estaba sentada, quise apoyarme en una silla para coger las muletas, pero alguien tiró de la silla tan rápidamente que perdí el equilibrio. Me caí de nuevo sobre el talón malo, que tuvo que soportar todo el peso de mi cuerpo, que como sabes no es precisamente el de una pluma, así que se me partió y tengo muchos dolores”<sup>10</sup>.

“Mi talón está hinchado y puedo mantenerme sobre mis dos pies con bastante firmeza; si estuviera más delgada, creo que caminaría”<sup>11</sup>.

“Me caí y tuve que estar en cama tres meses. Así ha sido mi vida durante dos años y, si es la voluntad de Dios que esto no acabe, tendré que resignarme de nuevo”<sup>12</sup>.

Tenía dañados los huesos y ligamentos de uno de sus pies, tanto que en algún momento se llegó a temer una amputación; eso afectaba su equilibrio, la hacía caminar con dificultad, necesitar muletas, o ser llevada en una silla de mimbre. En algún momento su imposibilidad de caminar debió resultarle especialmente embarazosa: estando en Roma, imposibilitada para moverse, el Papa Gregorio XVI que quería hablar con ella, fue a visitarla en su cuarto.

---

<sup>7</sup> ADELE CAHIER, *Vie de la Vénérable Mère Sophie Barat* I,p.393

<sup>8</sup> A Eugénie de Gramont, 21-IX- 1817

<sup>9</sup> *Journal de Poitiers* p. 34

<sup>10</sup> A Eugénie de Gramont, 22-III-1831

<sup>11</sup> A Eugénie de Gramont 29-V-1831

<sup>12</sup> A Eugénie de Gramont 1-I-1831.

La lista de tratamientos a los que fue sometida es interminable: desde los más suaves - baños de aguas sulfurosas en Aix-le-Bains -, a los más duros: aplicación de sanguijuelas, emplastos de cantáridas de efecto vesicante o purgas de quinina. Le recetaron las dietas más variadas: leche de cabra, caldo de ranas y vino, jugo de berros... Para su garganta, tan inflamada a veces que su voz quedaba afectada, probó sirope de malvavisco y agradeció mucho el regalo de unas granadas traídas de Argelia porque le refrescaban

Un médico de Grenoble, el doctor Bilon, escribió a otro médico que también conocía a Sofía: “Tras cuarenta y cinco días de padecimiento y varias crisis que no alcanzaban su punto culminante, la Madre Barat convalece ahora. Le aquejaba una infección en la mucosa, complicada con una gastritis y una afección reumática. Era, si lo prefiere, una gastroenteritis, sumada a una irritación del hígado y del sistema muscular tan grave que dio pie a una fiebre persistente”<sup>13</sup>.

#### **“Se me acumula el trabajo y disminuyen mis fuerzas”<sup>14</sup>**

Tanto los acontecimientos políticos como el rápido crecimiento del instituto ejercieron sobre Sofía una gran presión que no siempre consiguió “llevar descansadamente”, como aconsejaba Ignacio de Loyola. Las fundaciones se multiplicaban, no se contaba aún con estructuras adecuadas para afrontar los cambios y ella viajaba constantemente en condiciones penosas. Tenía que afrontar la expansión que iba experimentando la congregación en Francia, Suiza, Italia y en Missouri y Louisiana y cada país tenía una realidad diferente que había que acoger y comprender.



---

<sup>13</sup> ADÈLE CAHIER, o.c. p. 394

<sup>14</sup> A Luisa de Limminghe, 7-VII-1838

Como fundadora vivía sometida a una verdadera presión de trabajo y preocupaciones. Entre las causas de sus enfermedades, estaban los efectos del régimen que le había impuesto Luis Barat en París que había dañado sin remedio su sistema digestivo. A lo largo de su vida Sofía tuvo que luchar para asumirlo y para aceptar que su fortaleza como Superiora no sería nunca de naturaleza física. Sencillamente, el cuerpo no le respondía en situaciones de tensión, sobre todo si ésta provenía de la percepción de que algo iba mal y carecía de solución inmediata.

Las tareas administrativas se multiplicaban y pasó mucho tiempo antes de que pudiera contar con una secretaria que la descargara de trabajo. Se le imponía un esfuerzo constante de adaptación y vivir el desafío de encajar la diversidad de culturas y talentos de las mujeres que entraban en la congregación, manteniendo al mismo tiempo la unidad de espíritu. Sofía desplegaba una energía increíble y se apoyaba en su extraordinario don para crear relaciones y amistades, pero las preocupaciones y un exceso de responsabilidad la enfrentaban constantemente con los límites de su salud. Pisaba territorios nuevos desconocidos, tenía que gobernar a muchas mujeres bien preparadas intelectualmente y tomar decisiones sobre la compra de propiedades que suponían gastar muchas sumas de dinero. Sus cartas revelan algunos momentos en los que no podía más y dejaba ver sus estados de ánimo y hasta su enfado:

“¡Así que es culpa mía estar enferma! ¡Es culpa mía no poder andar! ¡Es culpa mía no ir a París! ¡Pronto será también culpa mía que empiece la epidemia de cólera!”<sup>15</sup>.

“Estoy saturada de trabajo. Todavía no me siento bien y no lograré recuperarme del todo. No tengo ninguna ayuda en labores de secretaría. En este último tema, nadie muestra inquietud alguna, y dejan que vaya tirando como pueda sin inmutarse absoluto. No me importa. Haré cuanto esté en mi mano. (...) No me resta, creo, sino prepararme a una muerte inminente. Nuestro Señor me dará tiempo para cumplir mi misión”<sup>16</sup>.

“Se me acumula el trabajo y me merman las fuerzas. Nadie me ayuda, esperemos que el Señor me dé su apoyo. Duermo poco y mal. Los nervios me atacan la cabeza y el estómago pero me tranquilizaré durante el viaje. Es el único momento en que reposo. Una vez que llego a las casas, no hay manera de descansar”<sup>17</sup>.

---

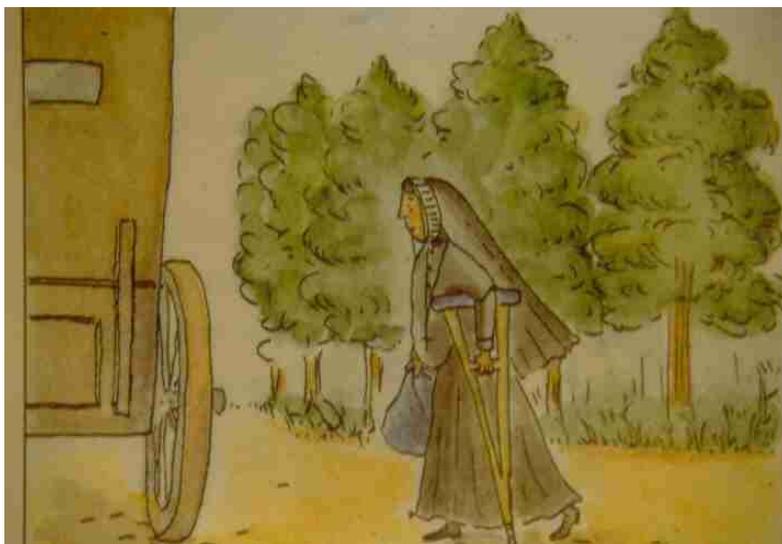
<sup>15</sup> A Eugénie de Gramont, 6-IX-1831

<sup>16</sup> A Elisabeth Galitzine, 1-VII- 1841

<sup>17</sup> A Luisa de Limminghe, 25-VII-1838

“El tipo de vida que llevo sólo podía traer estas consecuencias. No hay razón para comentarlo fuera. Afortunadamente, mi estado de salud no me impide trabajar como de ordinario. Cuando se me acaben las fuerzas, ése será el fin”<sup>18</sup>.

Los patrones de pensamiento sobre los ideales de vida religiosa influían también en Sofía. Pensaba que, como Superiora General, debía ser la personificación de la religiosa ejemplar y por eso insistía en la importancia de la práctica del arrepentimiento público y de largos períodos de oración en la capilla. Tenía idealizada la importancia del ayuno, le resultaba muy difícil renunciar a ello y durante sus ejercicios devolvía a la cocina toda la comida que le habían llevado. No aceptaba fácilmente no poder ayunar en Cuaresma y a veces trataba de ocultar que no lo hacía a causa de su salud y pedía comer sola para no “desedificar” a la comunidad. El P. Varin la visitó inesperadamente un día en su cuarto y a ella le dio tanta vergüenza que la viera comiendo, que escondió la bandeja bajo su cama. Esto le valió una reprensión pública por parte de su visitante y supuso para ella una gran mortificación.<sup>19</sup> Tuvo que luchar con su resistencia a no dar la imagen pública que pensaba requería su cargo y le costaba mostrarse frágil:



“La llegada a Roma de una Superiora General con muletas no va a causar ciertamente la mejor impresión”<sup>20</sup>

Estaba muy generalizada la convicción de que una buena religiosa debía someterse, también en temas de salud, a la opinión y consejo de su director

---

<sup>18</sup> A Henriette Grossier, 14-X-1869

<sup>19</sup> Adrienne Michel, *Journal du second voyage de Mère Barat à Gand* 1811, p.12

<sup>20</sup> A Eugénie de Gramont, 6-VIII-1832

espiritual, e incluso de cualquier miembro del clero. Cuando Sofía tuvo problemas de ginecológicos - todo lo relacionado con ese tema resultaba entonces algo vergonzoso-y como ella no quería hablar de ello ni someterse a tratamiento, Joseph Varin le escribió reprendiéndola, pidiéndole que fuera más razonable, que tuviera más sentido común en cuanto al cuidado de su salud y que fuera a París para consultar con las Hijas de la Caridad. A Sofía esta gestión tan intrusiva debió resultarle intolerable, sobre todo al saber que su salud estaba en boca de algunos sacerdotes que daban su opinión sobre ella:

“Ya conoce la reputación de Fr. Lambert como hombre sabio y lúcido. Cuando he hablado de su inconsistencia ha dicho: ‘¿Y es esta la virtud de esas religiosas? ¿Es este su espíritu? Me da una mala impresión’. Tampoco Fr. Gloriot sale su asombro. Es evidente que la teología y la razón la condenan y su obstinación me resulta intolerable. La perdono pero con la condición de que haga lo que M. Deshayes le prescribe, siguiendo el consejo de Fr. Bruson sobre el tratamiento a seguir. Así podré olvidar sus errores y mi pequeño enfado”.<sup>21</sup>

El incidente, aunque bochornoso, ayudó a Sofía a aceptar sus limitaciones y tendió un puente entre su imagen privada y su imagen pública: tenía que dejar de ocultar su fragilidad, aunque en ocasiones le resultara costoso y humillante.

### **“Mi vida es una continua convalecencia”<sup>22</sup>**

Después de experimentar tantos momentos de recaídas en la enfermedad seguidos de otros de recuperación, Sofía fue dándose cuenta de que esos tiempos de quietud y cuidado le traían muchos beneficios y fue aceptando este ritmo de vida, aunque ella misma no lo hubiera elegido. Tenía tiempo para rezar largamente, para leer la Biblia, especialmente el Cantar de los Cantares y el Apocalipsis. Leía a los místicos: santa Gertrudis, santa Catalina de Génova, santa Catalina de Siena, san Bernardo, santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz. En sus conversaciones, citaba a san Agustín, a san Francisco de Sales, a san Francisco de Paula y a santa Magdalena de Pazzi. Sacaba de estas etapas el empuje necesario para recorrer el camino. Su vida estaba sometida a un ritmo ternario: trabajo intenso, enfermedad y una gradual recuperación que le asombraba:

“Estoy bien, por una especie de milagro Dios me da fuerzas en proporción a las tareas que tengo aquí”<sup>23</sup>.

---

<sup>21</sup> Joseph Varin a Sophie Barat, 6-III-1804

<sup>22</sup> A Eugénie Audé, 15-VII-1841

<sup>23</sup> A Eugénie Audé, 6-IX-1840

Dos personas en las que confiaba, Joseph Favre y Louise de Limmighe, le hicieron un orden de día que indicaba cuándo debía trabajar y cuándo descansar. Lo aceptó aunque le seguía pareciendo que no era un buen modelo de Superiora General y que daba una mala imagen. Dejará escrito en su testamento:

“Confío en que me perdonen aquellas que me sucedan y que todos los miembros de esta familia tan querida del Sagrado Corazón aprendan de mis equivocaciones...”

